EL
PODER TEMPORAL
DEL
VICARIO DE JESUCRISTO

POR

HENRY EDWARD MANNNING, D.D.

SEGUNDA PARTE LECCION 3

Primera Traducción al español de la
Segunda Edición con Prefacio, del año 1862
por:

Laura Elena Flores

LECCION III

Antes de entrar en nuestro tercer tema, recordemos los dos puntos que, espero hayan establecido lo que hasta ahora he dicho. El primero es, que vemos la rebelión, o separación, ya verificada y manifiesta en la separación espiritual de la Iglesia, y en la oposición a su autoridad Divina y su voz Divina, que rastreamos en operación desde el día en que el Apóstol dijo, “El misterio de la iniquidad ya está obrando,” y San Juan declara que Anticristos ya habían salido al mundo. El otro punto que hemos visto es este, que el hombre de pecado, el hijo de perdición – el inicuo – es una persona, en toda probabilidad, de raza Judía; que va a suplantar al verdadero Mesías, y por lo tanto, un Anticristo en el sentido que sustituye el lugar del verdadero, - un obrador de falsos milagros, que clama para sí mismo el culto Divino.

Ahora pues el tercer punto del que debo hablar, es el del impedimento que retrasa su manifestación. El Apóstol dice, “ya va obrando el misterio de iniquidad; entretanto el que está firme ahora manténgase hasta que” (al tiempo que) “sea quitado el impedimento.” (el que se interpone a la revelación del hombre de pecado). Como hay un obrar perpetuo de este misterio de iniquidad, así hay un impedimento o barrera perpetua para su completa manifestación, la cual continuará hasta que sea removida; y hay un tiempo fijo para cuándo será sacado del camino. San Pablo, en este pasaje, usa dos expresiones. Dice, el impedimento “que lo detiene”, y “quién lo detiene”. Habla de ello como si fuera una cosa y una persona: katechon o katejón. A primera vista aparece una dificultad, si aquello que detiene la revelación del hombre de pecado es una persona o un sistema; en el otro caso, se habla en masculino como de una persona. Espero que con lo que he dicho hasta aquí, he dado ya una solución a esta aparente dificultad. Se recordará que saqué brevemente el paralelo de los dos misterios de santidad y de iniquidad, y de sus respectivas cabezas. Este, de hecho, es el argumento de San Agustín, quien ha esbozado los dos misterios de santidad y de iniquidad, desde el principio del mundo, bajo el personaje de dos ciudades – esto es, el Espíritu de Dios y el espíritu de

Satán, obrando por una múltiple operación ya sea entre los siervos elegidos de Dios, o en los enemigos de Dios y de Su Reino. Y tanto como el misterio de santidad se da en la persona y Encarnación del Hijo de Dios, el misterio de iniquidad se da en el hombre de pecado, quien se revelará en su tiempo. También de igual manera, aquello que detiene, o aquél que detiene, será para expresar a ambos, un sistema y una persona, y la persona y el sistema para ser identificados después de la misma manera con los ejemplos que ya he dado.

Primeramente, consideremos más particularmente, cual es el carácter de "este inicuo", o Anticristo que vendrá. La palabra utilizada por San Pablo en este lugar significa "el hombre sin ley", - el que es sin ley, que no está sujeto a la ley de Dios o del hombre, cuya sola ley es su propia voluntad, a quien la licencia de su propia voluntad es la única regla que conoce u obedece. La palabra griega es ó ἄνομος, el anárquico o el corrompido. Ahora, en el libro del profeta Daniel, hay una profecía, casi idéntica en términos, donde él predice que se alzará, en los últimos tiempos del mundo, un rey "que se comportará de acuerdo a su propia voluntad," quien se exaltará por encima de todo lo que es Dios, que "hablará mal contra el Excelso." Esto es casi palabra por palabra la profecía de San Pablo, la cual nos muestra que San Pablo estaba literalmente citando o parafraseando la profecía de Daniel. Ahora, ya que como este inicuo será un corrompido, que introducirá el desorden, sedición, tumulto, y revolución, tanto en el orden temporal y espiritual del mundo; el que detenga su desarrollo, y que será su antagonista directo tras su manifestación, debe necesariamente ser el principio del orden, la ley de sumisión, la autoridad de la verdad y del bien. Entonces tenemos lo que yo llamo una indicación para permitirnos ver donde se encuentra esta persona, o sistema que se opone, detiene o mantiene la revelación de este hombre de pecado hasta que la época llegue.

Examinemos las interpretaciones de los primeros Padres en este punto.

Tertuliano creía que era el Imperio Romano. El gran poder de la Roma pagana, extendido por todo el mundo, era el gran principio del orden que mantenía en ese tiempo la tranquilidad de la tierra.

Lactancio, quien después escribió, mantuvo exactamente la misma opinión, y creyó que el Imperio Romano, que tranquilizaba y daba orden y paz a las naciones del mundo, de ese modo detenía la revelación de este inicuo – este hombre de pecado; y ambos Tertuliano y Lactancio exigieron a los Cristianos de sus tiempos, el deber de orar por la preservación del pagano imperio de Roma, porque creían que era la barrera material contra la penetración del gran diluvio del mal que vendría sobre el mundo cuando Roma fuera destruida. También lo enseñan San Juan Crisóstomo y otros.

Otra interpretación, la de Teodoreto, un escritor griego, es que es la gracia del Espíritu Santo, o el poder Divino lo que detiene la manifestación o revelación del hombre de pecado.

Así pues, otros escritores dicen que es el poder apostólico, o la presencia de los Apóstoles; porque sabemos de esta epístola a los Tesalonicenses, los Cristianos esperaban una rápida revelación de la venida de nuestro Señor a juzgar, y por lo tanto una veloz manifestación del hombre de pecado; y creían que la presencia de los Apóstoles sobre la tierra, por su testimonio y sus milagros, detenían la manifestación completa del principio de la incredulidad y rebelión espiritual.

Ahora, estas tres interpretaciones son todas parcialmente verdaderas, y todas están en perfecta harmonía una con la otra; y encontraremos que, uniéndolas, nos presentan con una completa y adecuada explicación; pero estos escritores, escribiendo en diferentes periodos de la Iglesia, no pudieron comprender completamente la profecía, porque los eventos del mundo están continua y progresivamente interpretando y explicando, de época en época, el significado de estas predicciones.

1. Primero, pues, el poder del pagano impero Romano era sin duda alguna la gran barrera contra el brote del espíritu de la corrupción del orden; porque a saber, fue el principio de unidad por la cual las naciones del mundo se mantenían unidas. Las organizaba y combinaba bajo la autoridad de una legislatura, de un gran ejecutivo, y de una gran soberanía, con una jurisdicción que nacía de una fuente, administrada por tribunales alrededor de todo el mundo. La paz de las naciones fue mantenida por la presencia de ejércitos permanentes; las legiones de Roma ocuparon la

circunferencia del mundo. Las vías militares que nacían de Roma cruzaban toda la tierra; era como si todo el mundo fuera mantenido en su lugar en paz y tranquilidad por la presencia universal de este imponente imperio pagano. Era “extremadamente terrible,” de acuerdo a las profecías de Daniel; era como si fuera de hierro, golpeando y subyugando a las naciones, manteniéndolas bajo dominio, y así, como con vara de hierro, dándole paz al mundo. No hay duda de que mientras el Imperio Romano continuara en su fuerza, era imposible que el principio de revolución y desorden ganara ningún margen, y así pues, estos primeros escritores Cristianos estaban en lo correcto al interpretar el obstáculo a este espíritu de corrupción como el espíritu del orden, de gobierno, de autoridad, y de una justicia de hierro que gobernaría las naciones del mundo.

2. Pero, por segundo, no era el Impero Romano o Roma por si sola, pero el Reino de Dios que descendió sobre toda la tierra, y desde el día de Pentecostés se extendió por todo el circuito del Impero Romano, con una autoridad más alta que la autoridad de Roma. San León da una base a esta interpretación. Dice, “Que el efecto de esta inefable gracia puede difundirse por todo el mundo, preparó al imperio de Roma, la expansión del cual se extendió a los límites que colindan con toda la familia de naciones. Pues era una apropiada preparación para la obra divinamente dispuesta que muchos reinos fueran confederados en un imperio, para que la predicación universal del Evangelio penetrara velozmente a través de esas naciones las cuales se mantenían unidas por el gobierno de una ciudad.” Santo Tomás, apoyándose en este pasaje, dice que el Imperio Romano no ha cesado, pero ha cambiado de lo temporal a lo espiritual, commutatum de temporal in spiritale. Dominico Soto sostiene la misma opinión Fue entonces, que la Iglesia Apostólica, la cual, extendiéndose por todas las naciones, ya combinada en una por el poder del pagano imperio de Roma, les aceleró con una nueva vida, les penetró con un nuevo principio de orden, con un nuevo espíritu de unidad, consagró y transfiguró la unidad de las fuerzas materiales por las cuales estaban unidas, les dio una mente, una inteligencia, una ley, una voluntad, un corazón, por la fe que iluminaba la inteligencia de todas las naciones a conocer a Dios, por la caridad que les unía en la unidad de una familia, por la fuente de

jurisdicción que nació de nuestro divino Señor, y a través de sus Apóstoles gobernó toda la tierra. Había la legislatura espiritual de los Apóstoles y sus sucesores. Había tribunales que se sentaban junto a los tribunales de Roma. Al lado de los tribunales de la fuerza de hierro se erigieron los tribunales de la misericordia divina. Este nuevo principio de orden, de autoridad, de sumisión, y de paz entró al mundo, se poseyó, como podría decirse, del poder material del viejo Imperio Romano, y se llenó con una nueva vida del cielo. Era la sal de la tierra. Prolongó su existencia hasta un cierto periodo, el cual fue previsto en la predestinación de Dios. Es, entonces, perfectamente verdadero que este obstáculo representa al Espíritu Santo; porque la Iglesia de Dios es la presencia del Espíritu Santo, incorporado y manifestado al mundo en el cuerpo visible de aquellos que son bautizados en la unidad de la Iglesia de Jesucristo.

3. Pero entonces, por tercero, significa algo aún más que esto. Porque estos dos grandes poderes – el poder temporal en el viejo imperio pagano de Roma, y el poder espiritual en el nuevo poder sobrenatural del reino de Dios – unidos. Fueron coincidentes en su circunferencia a través del mundo; pero se unieron en su centro, el cual era la ciudad de Roma. Allí se encontraron, primero cara a cara, en el conflicto; luego lado a lado, en la paz. Allí, estos dos grandiosos poderes – el uno terrestre, y el otro del cielo; el uno de la voluntad del hombre, y el otro de la voluntad de Dios– se unieron, por así decirlo, en la arena de la competencia, y por trescientos años el Imperio Romano martirizó los pontífices de la Iglesia de Dios. Por trescientos años el Imperio Romano luchó por extinguir este nuevo y extraño visitante, que venía con una jurisdicción superior y con un circuito más amplio. Luchó por destruirlo, ahogarlo en su propia sangre; y por trescientos años luchó en vano; porque entre más era martirizada la Iglesia, más la semilla de los mártires se multiplicaba. La Iglesia se expandió y creció en vigor, en fuerza y en poder, en proporción a cómo el Impero pagano de Roma luchó por extinguirlo y destruirlo. Y este imponente conflicto entre dos soberanías por fin concluyó en la conversión del imperio a la Cristiandad, y, por lo tanto, en la entronización de la Iglesia de Dios en una supremacía sobre los poderes de todo el mundo. Entonces lo justo tuvo poder y supremacía sobre la fuerza, y la autoridad Divina

prevaleció sobre la autoridad del hombre; entonces estos dos poderes se mezclaron y se fusionaron: se convirtieron en una gran autoridad, el emperador gobernando desde su trono dentro de la esfera de su jurisdicción terrena, y el Pontífice Supremo gobernando de igual manera desde un trono de soberanía mayor sobre las naciones del mundo, hasta que Dios en Su providencia quitó el imperio de Roma, y lo plantó sobre las orillas de Bósforo. Partió hacia el Este y dejó a Roma sin soberanía. Roma, desde esa hora, no ha tenido nunca morada dentro de sus paredes, una soberanía temporal en la presencia del Supremo Pontífice; y esa soberanía temporal se delegó, por una ley providencial, sobre la persona del Vicario de Jesucristo. Es cierto que en los tres siglos entre la conversión de Constantino y el periodo de San Gregorio Magno, en esos tres siglos de turbulencia y desorden, invasión y guerras, con los cuales Italia y Roma fueron afligidos, el poder temporal del Supremo Pontífice estaba solamente en sus principios; pero alrededor del siglo siete estaba firmemente establecido, y aquello que la Divina Providencia había preparado desde el comienzo recibió su completa manifestación; y apenas fue el poder material que una vez reinó en Roma consagrado y santificado por la investidura del Vicario de Jesucristo con la soberanía temporal sobre la ciudad donde había morado, y comenzó a crear por toda Europa el orden de la civilización Cristiana, imperios Cristianos, monarquías Cristianas, las cuales confederadas, han mantenido la paz y el orden del mundo desde esa hora hasta hoy. Lo que llamamos Cristiandad, esto es, la gran familia de naciones Cristianas, razas Cristianas organizadas y entretejidas con sus príncipes y sus legislaturas, por ley internacional, contratos mutuos, tratados, diplomacia y así, que les une en un cuerpo compacto, - ¿qué es esto si no la seguridad del mundo contra el desorden, la turbulencia y la iniquidad? Y ahora por estos mil doscientos años de paz, la perpetuidad y la fecundidad de la civilización Cristiana de Europa, ha estado debiendo solamente en su principio a esta consagración del poder y la autoridad del gran Imperio de Roma, recogido de lo antiguo, perpetuado, preservado, como he dicho, por la sal que ha sido espolvoreada del cielo y continuó en la persona del Supremo Pontífice, y en esa orden de civilización Cristiana de la cual él ha sido su creador.

Hemos llegado casi a una solución de aquello que declaré al principio, a saber, como es que el poder que detiene la revelación del inicuo no es solo una persona si no un sistema, y no solo un sistema si no una persona. En una palabra, es la Cristiandad y su cabeza; y, por lo tanto, en la persona del Vicario de Jesucristo, y en esa autoridad doble con la cual, por Providencia Divina, ha sido investido, vemos al antagonista directo del principio del desorden. El inicuo, que no sabe de ley, humana o divina, ni obedece a nada más que a su propia voluntad, no tiene antagonista en la tierra más directo que el Vicario de Jesucristo, quien carga a una y a la vez, el carácter de realeza y de sacerdocio, y representa los dos principios del orden en el estado temporal y el espiritual – el principio de monarquía, si usted quiere, o de gobierno, y el principio de la autoridad apostólica. Por lo tanto, encontramos tres interpretaciones las cuales esbocé de los Santos Padres literalmente verificados en esto. En el lento curso del tiempo, en cuanto el trabajo de los Apóstoles creció y maduró, lo que llamamos Cristiandad se ha levantado, cumpliendo las predicciones a la letra, manifestando lo que los Apóstoles previeron que detendría el desarrollo de este principio de iniquidad y la revelación de la persona que será su jefe.

¿Que, pues, es lo que a este momento mantiene en su lugar la manifestación de este poder anticristiano, y la persona que lo ejercerá? Es el remanente de la sociedad Cristiana que aún existe sobre la tierra. Solo puede haber dos sociedades, la natural y la sobrenatural. La sociedad natural es el orden político el cual viene de la voluntad del hombre, sin relación a la revelación, o a la Encarnación de Dios. La sociedad sobrenatural es la Iglesia, que comprenderán aquellas naciones las cuales aún, penetradas del espíritu de la fe y de la unidad católica, son verdaderas y fieles a los principios sobre los cuales el Cristianismo fue primeramente constituido.

Desde la fundación de la Europa Cristiana, el orden político del mundo ha descansado sobre la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo; razón por la cual todos los actos públicos de autoridad, y aún por el calendario por el cual regimos nuestros días, se calcula por el año de salvación, o del "año de nuestro Señor." Cuál es el significado de esta

frase, si no esta, que el estado y orden bajo el cual vivimos se basa en la Encarnación; que la Cristiandad es nuestra fundación; que reconocemos las leyes reveladas de Dios entregadas a Su Hijo Encarnado, y por el Hijo encarnado a los Apóstoles, y por los Apóstoles al mundo, como los primeros principios de toda legislación Cristiana y de toda sociedad Cristiana. Ahora, esta sociedad que se basa sobre la Encarnación es el estado bajo el cual hemos vivido hasta ahora. Creo que nos estamos alejando de él. Nos alejamos de él por todo el mundo civilizado. En Inglaterra, la religión está desterrada de la política. En muchos países, como Francia, y ahora en Austria, se declara por acto público que el Estado no tiene religión, que todas las sectas son participantes iguales en la vida política y el poder político de la nación. No voy a alegar contra esto. No me malinterpreten. Lo digo como un hecho. Ahora una gran porción de cada nación, y una larga porción de Francia y Austria se componen de esa raza que negó la venida de Dios en la carne, osea, que negaron la Encarnación. No alego contra su admisión a privilegios políticos; por el contrario, mantendría que, si no hubiera otro orden que el orden de la naturaleza, sería una injusticia política excluir a ninguno de la raza de Israel de participar de privilegios igualitarios; pero mantengo de igual manera, que en el día en el cual que se admite a aquellos que niegan la Encarnación a una igualdad de privilegios, se quita la vida social y el orden en el cual se vive por la Encarnación a un mero fundamento natural; y esto es precisamente lo que se ha predicho sobre el periodo anticristiano. Ya hemos visto que la tercera y especial marca del Anticristo es la negación de la Encarnación; y si las naciones del mundo se han constituido por la fe, sobre el fundamento de la Encarnación, el acto nacional que admite aquellos que lo niegan a una unidad social y política, es de hecho una eliminación del orden de vida social de lo sobrenatural al orden natural: y esto es lo que vemos cumplirse. De nuevo, digo, no alego contra esto; pero veo en todos estos hechos, la verificación de la profecía. No digo que la constitución política o el estado de un país debería mantenerse tras que la condición de un pueblo lo imposibilita o dificulta moralmente. Si se hace imposible de mantener este orden Cristiano sobre un pueblo separado por cisma o infectado de herejía, o que se mezcla con aquellos que niegan la

Encarnación de Dios, todo lo que puedo decir es esto, estamos reducidos al miserable estado de abandonar la verdadera sociedad Cristiana. Esta es la grave necesidad que cae sobre los gobiernos del mundo cuando se separan de la unidad y los principios de la Iglesia de Jesucristo. Si un tal estado no puede mantenerse sin fuerza, se debe entregar. *Ecclesia abhorret a sanguine*. No es del espíritu de la Iglesia aplicar problemas políticos con leyes sanguinarias, o compeler a hombres reacios con la aplicación de la fuerza física. Pero más es la miseria para un pueblo que ha perdido la fe en la Encarnación, que sea necesario renunciar al orden Cristiano instituido por la providencia de Dios. Pero tal es el estado del mundo, y a este fin avanzamos rápidamente. Se nos dice que Etna tiene ciento sesenta cráteres. Aparte de las dos vastas bocas que, unidas, del inmenso cráter comúnmente llamado, en todos sus lados está perforado y alveolado por canales y por bocas, por las cuales en siglos pasados, la lava ha estallado de tiempo en tiempo. No hallo mejor ilustración del estado de la Cristiandad en este momento. La Iglesia de Cristo descansa sobre la base de la sociedad natural, en los cimientos del viejo Imperio Romano, en la civilización de las naciones paganas del mundo, que por un tiempo ha sido consagrado, consolidado, preservado, alzado, santificado, transformado por la acción de la fe y la gracia. La Iglesia de Cristo descansa sobre esa base; pero por debajo de la Iglesia obra continuamente el misterio de la iniquidad el cual ya se forjaba en el tiempo de los Apóstoles, y culmina en este momento con su fuerza y gana ascendencia. Qué, pregunto yo, fue la revolución francesa de 1789, con todo su derramamiento de sangre, blasfemia, impiedad y crueldad, en toda su farsa de horror y burla, -¿qué fue si no un brote del espíritu anticristiano- la lava debajo de la montaña? Y ¿cuál fue el brote en 1830 y 1848 si no precisamente el mismo principio del Anticristo obrando bajo la sociedad Cristiana, forzando su levantamiento? En el año 1848 abrió simultáneamente todas sus bocas en Berlín, en Viena, en Turín, en Florencia, en Nápoles, y en la misma Roma. En Londres se lanzó y luchó; pero aún no era su hora. ¿Qué es todo esto si no el espíritu de iniquidad alzándose contra Dios y el hombre, - el principio del cisma, herejía e infidelidad marchando fusionado en una sola masa, y vertiéndose por

donde puede, haciendo cráteres para su corriente donde sea que la sociedad Cristiana se debilita? Y esto, como ha sucedido por siglos, así seguirá hasta que el tiempo llegue en que “aquel que lo detiene sea sacado del camino.”

Ya hemos visto que es lo que obstaculiza la ascendencia de este principio de desorden. Ahora, visiblemente, el obstáculo o barrera se debilita cada día. Se debilita intelectualmente. Las convicciones intelectuales de los hombres se hacen más endebles; la civilización Cristiana y Católica le da cabida a la civilización natural y material, la cual encuentra su perfección suprema en la pura prosperidad material; admitiendo dentro de su esfera personas de toda casta, o color de creencias, bajo el principio de que la política no tiene nada que ver con el mundo venidero, - que el gobierno de las naciones es simplemente para su bien temporal, para la protección de personas y de la propiedad, y para el desarrollo de la industria, y para el avance de la ciencia; a decir, para la sola cultivación del orden natural. Esta es la teoría de la civilización la cual se hace cada vez más prominente. La piedad Católica también se debilita cada vez más, y a tal grado, que hay naciones que aún se llaman Católicas en las cuales la proporción de la cantidad de aquellos que frecuentan los Santos Sacramentos es difícilmente calculable: de acuerdo a como lo dijo nuestro Divino Señor, “Porque la iniquidad ha abundado, la caridad de muchos se enfriará.” De nuevo, la sociedad Cristiana se debilita por doquier – esto es, el verdadero espíritu Cristiano y el principio de la sociedad. El finado M. de Tocqueville, quien, tanto como puedo percibir, no tuvo ninguna intención de verificar o establecer lo que estoy diciendo, escribiendo sobre la democracia en América, señala el hecho de que la tendencia de cada gobierno en el mundo, y de cada nación en el mundo es hacia la democracia; a decir, a la diminución y agotamiento de los poderes de gobierno, , y al desarrollo de la permisión de la voluntad popular, como para resolver toda ley en la voluntad de la multitud. Refiere que en Francia, en cada sucesivo medio siglo, una doble revolución ha llevado a la sociedad cada vez más hacia la democracia; que este mismo fenómeno se ve por todo el mundo Cristiano. “Por todos lados”, él dice, “hemos visto los eventos de la vida de las naciones volcarse hacia el

avance de la democracia; todos los hombres han ayudado a llevarlo a cabo con sus esfuerzos: aquellos que asistieron en el diseño de sus triunfos, y aquellos que nunca pensaron en servirle; aquellos que han luchado por ello, y aquellos que se declararon enemigos: todos han sido llevados atropelladamente por el mismo camino, y todos han obrado juntos; unos sin quererlo, otros sin saberlo, como ciegos instrumentos en la mano de Dios… Todo este libro ha sido escrito bajo la impresión de un cierto miedo sin quererlo, otros sin saberlo, como ciegos instrumentos en la mano de religioso producido en la mente del autor por la vista de esta irresistible revolución, la cual por tantos siglos marchó adelante sobre todos los obstáculos, y que vemos aún hoy día avanzar por todas las ruinas que ha dejado.” Es curioso poner lado a lado con esto las palabras de San Hipólito, escritas en el siglo tercero, quien dice que en el fin del mundo el Imperio Romano pasará a “democracias.”

De nuevo, otro escritor, un español de gran inteligencia y de gran fe, que murió siendo embajador en París, Donoso Cortez, al describir el estado de la sociedad, dijo que la sociedad Cristiana está condenada, que tiene que correr su curso, y extinguirse; porque los principios que ahora van en ascenso son esencialmente anticristianos. Esbozó lo que está más manifiesto en la historia de las naciones en este momento, a saber, que hay un debilitamiento del principio del orden eclesiástico por todas partes, y que por donde sea que el poder de la Iglesia sobre una nación se debilite, el poder temporal se desarrolla a un grado mucho más grande; por lo que nada es más seguro de que el despotismo temporal prevalece especialmente en aquellos países donde el poder de la Iglesia se reprime, y que la única seguridad de libertad entre las razas humanas se encuentra en la libertad de la Iglesia, y en su libre acción sobre el gobierno del poder civil. Dice, “Al rendir el imperio de la fe como muerto, y al proclamar la independencia de la razón y de la voluntad del hombre, la sociedad ha rendido como absoluto, universal y necesario el mal que solía ser solo relativo, excepcional y contingente. Este periodo de veloz retrogresión comenzó en Europa con la restauración del paganismo – filosófico, religioso y político. A este día, el mundo está en la víspera de la última de sus restauraciones – la restauración del paganismo socialista.” De nuevo

él escribe: “la sociedad Europea muere. Sus extremidades están heladas: el corazón lo estará pronto. Y ¿saben por qué muere? Muere porque ha sido envenenada; porque Dios la hizo para que fuera sostenida con la sustancia de la verdad Católica, y los doctores empíricos le han dado por comida la sustancia del racionalismo. Muere porque, como el hombre no se alimenta de pan solamente, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, así las sociedades no perecen por la espada solamente, si no por toda palabra que sale de la boca de sus filósofos. Muere porque el error le mata, y porque la sociedad es ahora fundada sobre errores. Sepan, entonces, que todo lo que sostienen como incontrovertible es falso.

“La fuerza vital de la verdad es tan grande, que si poseyeras una verdad, - solo una, - esa verdad podría salvarte. Pero tu caída es tan profunda, tu declive tan radical, tu ceguera tan completa, tu desnudez tan absoluta, que hasta esta sola verdad no la tienes. Por esta razón la catástrofe que debe llegar será en la historia la mayor de todas. Los individuos podrán aun salvarse, porque los individuos pueden siempre salvarse; pero la sociedad está perdida, no porque esté en una imposibilidad radical de ser salvada, pero porque no tiene la voluntad para salvarse. No hay salvación para la sociedad, porque no hacemos a nuestros hijos Cristianos, y porque nosotros mismos no somos verdaderos Cristianos. No hay salvación para la sociedad, porque el espíritu Católico, el único espíritu de vida, no acelera al conjunto; no acelera la educación, gobierno, instituciones, leyes y morales. Para cambiar el curso de las cosas en el estado en el que están, veo bien que sería una empresa para gigantes. No hay poder sobre la tierra que por sí mismo pueda alcanzar esta meta, y difícilmente todos los poderes actuando en conjunto podrían alcanzar su cometido. Les dejo juzgar si tal cooperación es posible, y a qué punto, y decidir si, aún al admitir esta posibilidad, la salvación de la sociedad no sería en todas palabras un verdadero milagro.”

El último punto, entonces, que debo tomar es este, que la barrera, u obstáculo, a la iniquidad existirá hasta que sea quitado del camino. Ahora ¿qué significan las palabras “hasta que sea quitado del camino”? ¿Será quitado del camino por la voluntad del hombre? ¿Será quitado del camino por una mera secuencia de acontecimientos? Seguramente que este no

es el significado. Si la barrera que detiene el desarrollo del principio del desorden anticristiano ha sido el poder Divino de nuestro Señor Jesucristo, incorporado en la Iglesia y guiada por su Vicario, entonces no hay mano suficientemente formidable, y no hay voluntad suficientemente soberana para quitarle del camino, más solo la mano y la voluntad del mismo Hijo encarnado de Dios. Y, por lo tanto, la interpretación de los Santos Padres, con la cual comencé, es completa y literalmente exacta. Es el poder Divino, primero en la Providencia, y luego en Su Iglesia, y luego ambos fusionados y continuando hasta que el tiempo llegue, el tiempo previsto y predestinado, para remover la barrera para dejar entrar una nueva dispensación de Su sabiduría sobre la tierra, sobre la cual habré de hablar en adelante.

Tenemos ahora una analogía a esto. La historia de la Iglesia y la historia de nuestro Señor sobre la tierra corren como en paralelo. Porque por treinta y tres años el Hijo de Dios encarnado estuvo en el mundo, y nadie pudo ponerle una mano encima. Ningún hombre podía tocarlo, porque Su "hora no había aún llegado." Había una hora predestinada cuando el Hijo de Dios sería entregado en las manos de los pecadores. Él lo sabía de antemano; Él lo anunció. Lo tenía en Su propia mano, porque Él rodeó su persona con un círculo de Su propio poder Divino. Ningún hombre podía cruzar ese círculo de omnipotencia hasta que la hora llegara, cuando por Su propia voluntad Él abrió el camino para los poderes del mal. Por esta razón Él dijo en el jardín, "Esta es tu hora, y el poder de las tinieblas." Por esta razón, antes de que Se entregara en las manos de los pecadores, Él ejerció una vez más la majestad de Su poder, y cuando llegaron a llevárselo, Se levantó y dijo, "Yo soy," y todos cayeron hacia atrás al suelo. Habiendo vindicado Su majestad Divina, Él se entregó a Si mismo en las manos de los pecadores. Así también, Él dijo frente a Pilato, "No tendrías poder alguno sobre mí, sino te fuera dado de arriba." Era la voluntad de Dios; era la concesión del Padre que Pilato tuviera poder sobre Su Hijo encarnado. De nuevo, dijo, "¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre, y pondrá en el momento a mi disposición más de doce legiones de ángeles? ¿cómo se cumplirán las Escrituras?" De igual manera con Su Iglesia. Hasta que llegue la hora en que la barrera, por la voluntad Divina,

sea quitada del camino, nadie tiene poder para ponerle una mano encima. Las puertas del infierno podrán luchar contra ella; podrán luchar y batallar, como batallan ahora, con el Vicario de nuestro Señor; pero nadie tiene el poder de moverle un solo paso, hasta que la hora llegue cuando el Hijo de Dios permita, por un tiempo, que los poderes del mal prevalezcan. Que Él lo permitirá por un tiempo está en el libro de profecía. Cuando el obstáculo sea removido, el hombre de pecado será revelado; entonces vendrá la persecución de tres años y medio, corta pero terrible, durante la cual la Iglesia de Dios regresará a su estado de sufrimiento, como en el principio; y la imperecedera Iglesia de Dios, por su inextinguible vida derivada del costado traspasado de Jesús, la cual por trescientos años vivió por la sangre, vivirá aún, a través de los fuegos del tiempo del Anticristo.

Estas cosas se cumplen rápidamente, y es bueno tenerlas ante nuestros ojos: porque los precursores ya han salido – la debilidad del Santo Padre, el asesinato de sus ejércitos, la invasión de sus Estados, la traición de aquellos que están más cerca de él, la tiranía de aquellos que son sus hijos; el gusto, la exultación, el jubileo de los países Protestantes y gobiernos Protestantes; el desprecio, menosprecio, burla, que han vertido sobre su sagrada y ungida cabeza día a día en Inglaterra. Y hay Católicos que se escandalizan por ello; hay Católicos que hablan contra el poder temporal del Papa, ya sea porque han quedado atónitos por los clamores de un pueblo Protestante, o porque son de corazón blando, y no tienen el valor de envalentarse frente a la falsedad popular por una verdad nada popular. El espíritu de la Inglaterra Protestante – su iniquidad, su orgullo, su menosprecio, y su hostilidad hacia la Iglesia de Dios – ha hecho que los Católicos sean también duros de corazón, aun cuando el Vicario de Jesucristo es insultado. Necesitamos, entonces, estar en guardia. Sucederá otra vez con algunos, como fue cuando el Hijo de Dios estuvo en Su Pasión – lo vieron traicionado, atado, llevado, abofeteado, con los ojos vendados, y flagelado; le vieron llevar Su Cruz al Calvario, y ser clavado en ella, y levantado para desprecio del mundo; y dijeron "Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creeremos en él." Así de igual manera, ahora dicen, "Vean esta Iglesia Católica, esta Iglesia de Dios, débil y endeble, rechazada hasta por las mismas naciones llamadas Católicas.

Está la Francia Católica, y la Alemania Católica, la Sicilia Católica y la Italia Católica, renunciando a esta explotada invención del poder temporal del Vicario de Jesucristo." Y porque la Iglesia se ve débil, y el Vicario del Hijo de Dios renueva la Pasión de su Maestro sobre la tierra, por lo tanto, nos escandalizamos, por lo tanto le volteamos el rostro. ¿Dónde pues está nuestra fe? Pero el Hijo de Dios predijo estas cosas cuando dijo, "Yo os lo digo ahora, antes que suceda; a fin de que cuando sucediere, os confirméis en la fe."
